

G. W. LEIBNIZ

Obras filosóficas y científicas. Vol. 14. Correspondencia I

Editores: Juan Antonio Nicolás y María Ramón Cubells

Editorial Comares, Granada, 2007, I-XXXVIII + 477 pags.

Podría ser éste, si los hados son propicios, un acontecimiento memorable en la historiografía filosófica en lengua castellana. Acaba de aparecer, como esperanzadora primicia, el volumen 14 de una serie de 19, que recogerán la traducción de los escritos filosóficos y científicos más importantes de Leibniz (1646-1716). Un amplio equipo de filósofos, matemáticos, científicos, traductores y expertos, está poniendo a punto el ambicioso proyecto, que irá viendo la luz conforme los distintos volúmenes estén preparados. Filosofía del conocimiento (I), Metafísica (II), Ciencia General (III), Enciclopedia (IV), Lengua Universal, Característica, Lógica (V), Nuevos Ensayos (VI), Escritos Matemáticos (VII), Escritos Científico-tecnológicos (VIII), Biología y Medicina (IX), Teodicea (X), Escritos Teológicos y Religiosos (XI), Escritos Éticos, Jurídicos y Políticos I-II (XII-XIII), Correspondencias I-V (XIV-XVIII), Índices (XIX).

Mas, ¿por qué ahora tanto Leibniz? ¿Por qué, tras perder el partido, tanto ruido y tanta alharaca? ¿quién se desvive hoy por las mónadas sin ventanas o necesita hurgar en la armonía preestablecida, el mejor de los mundos posibles, o resucitar tal vez aquella Cristianópolis ilustrada que se hundió en la panglosiana verborrea de un hombre que astutamente enmascaró su afán de medro personal mostrando al público y a los Príncipes, como un prestidigitador, el señuelo del progreso indefinido y del bien común, tal como alguien con no menos ignorancia que, quizás, mala fe ha escrito últimamente? Reivindicar hoy a Leibniz ---tras disculparme por este pequeño desahogo--- es un deber de justicia científica. La abrumadora masa de escritos en todos los terrenos abarcables, la potencia casi sobrehumana de imaginación creadora, la portentosa capacidad de síntesis ---la otra cara del denostado Panglos--- de aquel genial sembrador de ideas y nanotecnólogo de conceptos es de tal envergadura que, me atrevería a decir, sigue siendo en nuestros días, de entre los clásicos del saber, el gran desconocido. Nuestra deuda histórica con Leibniz ---empezando por Wolff y Kant--- consiste en que, adaptada desde niños nuestra vista a la óptica deductivo-lineal cartesiana y newtoniana, nos cuesta comprender que Leibniz construye un universo esencialmente caleidoscópico; que la analogía estructural como instrumento de la invención y la continuidad siempre asintótica entre los distintos órdenes ontológicos del ser, que configuran para él un mundo orgánico y holístico, es el paradigma universal único capaz de conciliar el saber, la justicia y la piedad, como Leibniz solía decir. Durante más de sesenta años el filósofo escribía diariamente a la vez diez o doce libros según las circunstancias o los infinitos corresponsales lo exigían, pero en realidad él escribía un solo libro, su ansiada “Scientia Infiniti”, libro, por cierto, al que nunca puso término porque es *stricto sensu* interminable. Se comprende así el inagotable derroche de su pluma exagerada, sus constantes repeticiones, sus argumentos circulares sobre los más variados temas, sus fantasías; pero, también, el gozo indecible de un destello inesperado en el último rincón de algún escrito intranscendente. Poco importa ya que su anhelo de una “Philosophia Perennis” fuera barrido por la así llamada ciencia empírica moderna, como tampoco importa demasiado a estas alturas que ésta última haya necesitado ensanchar sus horizontes hacia la complejidad como paradigma científico y político del mundo; a fin de cuentas, nuestra corta existencia sólo tiene sentido inscrita en la memoria histórica en el horizonte, y Leibniz, que no lo inventó todo y que se equivocó sin duda en muchas cosas, fue también el primer moderno que vislumbró con trescientos años de adelanto el posible alcance de la complejidad: que la “claridad y distinción” de nuestras ideas, por útiles que geoméricamente puedan ser y lo son, son sólo el espejismo que sufrimos en el camino sobre el fondo oscuro, insondable, real, de nuestra individualidad humana; este, y no otro, es el ‘invento’ de las mónadas.

Lo que interesa, pues, señalar ---al menos esto es lo único que yo quisiera sugerir aquí--- es que no podemos leer a Leibniz con los ojos de Descartes o de Kant, ni siquiera con los de Hegel o Heidegger. Leibniz es otra cosa, y las coordenadas que guían su pensamiento son distintas: él no era un filósofo académico como ellos, ni tampoco era un matemático y científico profesional, como fueron Galileo y Huygens, sus maestros, o como los Bernoulli, sus amigos. El era un hombre al servicio del poder, cierto; pero era un visionario, un sagaz oteador de nuevos horizontes, que trató de construir, con los instrumentos de la nueva ciencia, a la que contribuyó como el que más, una cosmovisión unitaria de las cosas del mundo, del hombre, de la ciencia, de la política, que se hacen en su discurso esencialmente indisociables, y que vienen a sintetizarse en estas pocas palabras: sólo en lo singular irrepetible e inviolable (no en el sujeto pensante, que no es real) se hace inteligible lo universal. Con ello no estoy negando la utilidad y necesidad hermenéutica de las sucesivas relecturas o correcciones que el proteico discurso de Leibniz suscita; todo lo contrario. Lo que sugiero es que lo holístico carece de partes; que el pensamiento de Leibniz soporta mal la partición; que leer, por una parte, su matemática, por otra su dinámica o su metafísica ontoteológica, o más allá e independientemente su política o sus análisis jurídicos o sus polémicas, corre el riesgo de desnaturalizar una cosmovisión que se funda en la analogía reversible ---que es de otro orden que la metáfora semántica---, y no en la pura deducción lineal, aunque, naturalmente, cada cual tiene la libertad de leerla como guste.

El lector en lengua castellana va a tener ahora la oportunidad de verificar, contrastar o rechazar esta sugerencia mía; pero, sobre todo, va a poder leer íntegras las obras extensas, como los *Nuevos Ensayos* o la *Teodicea*, y los pequeños opúsculos, verdaderas joyas sintéticas del pensamiento analógico. Es de justicia señalar que desde los tiempos de Patricio de Azcárate, García Morente, Julián Marías, Eduardo Ovejero o Ezequiel de Olaso, poseemos excelentes traducciones de algunos de los más importantes textos de Leibniz, que se han completado últimamente con algunos otros sobre el cálculo infinitesimal, la Dinámica, la Ética, la Jurisprudencia e, incluso, los *Nuevos Ensayos* (cfr. revista *Thémata*, Sevilla, n. 29, 2002). Pero habían quedado en la trastienda otros muchos referentes, por ejemplo, al ancho campo de la Lógica, la Característica y la Ciencia General, las investigaciones del filósofo en otros campos de la matemática, sus escritos sobre el vitalismo, la Biología y la Medicina, y se desconocían casi por completo sus correspondencias (salvo la habida con Clarke). La nueva edición pretende poner un poco de orden y completar este inmenso legado con traducciones realizadas desde la *Akademie Ausgabe* de Berlín y, en el caso de textos inéditos, desde los manuscritos de los archivos alemanes.

El volumen que se presenta recoge precisamente dos correspondencias fundamentales, que hasta el presente nunca habían sido traducidas completas al castellano, y son ahora editadas respectivamente por Juan Antonio Nicolás, profesor en la Universidad de Granada y coordinador de toda la serie, y María Ramón Cubells, de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona, avalados ambos por su excelente trayectoria leibniziana.

Es de sobra conocida la importancia del género epistolar en el siglo XVII. La fundación de Academias, como las de París, Halle y luego Berlín, y la puesta en marcha de las primeras revistas científicas, como las *Acta Eruditorum*, el *Journal des Savans*, las *Nouvelles de la République des Lettres* y algunas otras, provocaron justamente el espectacular incremento en el trasiego de comunicaciones privadas entre los sabios de la época, que pugnaban y competían entre sí antes y después de enviar a la imprenta lo que cada uno iba alumbrando en sus propias conquistas. Pero el caso del omnívoro Leibniz adquiere dimensiones verdaderamente gigantescas. Además de su inmensa correspondencia de oficio como diplomático, donde hay que incluir ese mar sin fondo y lleno de escollos de las controversias irenistas en las que consumió ingentes energías a lo largo de toda su vida, el filósofo estaba siempre inquieto por

saber lo que se hacía en todas partes y en todos los campos, desde la construcción de carruajes, máquinas hidráulicas, barómetros y termómetros, hasta las historias más inverosímiles, como la de la Papisa Juana o el Preste Juan, los poemas de la Scudery, las investigaciones geográficas y astronómicas, el estudio de plantas y medicinas, las recientes noticias de China, cualquier serie infinita desarrollada por algún matemático inglés o el último argumento de cualquier cartesiano contra su Dinámica. Puede el lector añadir aquí lo que le plazca dentro de la órbita vital de aquel final de siglo, y encontrará seguramente en la correspondencia de Leibniz ecos, citas, libros, autores y toda clase de sugerencias, que exigirían muchos volúmenes, tal como lentamente los va mostrando la Academia de Berlín.

En efecto, “nada es despreciable” ---sentenciaba Leibniz por lo menos media docena de veces cada día---, “pues todas las cosas conspiran entre sí y la naturaleza no reconoce *vacuum formarum*”. Sin olvidar, pues, este aviso, no se le puede pedir a una “Edición de Escritos Filosóficos y Científicos” que nos dé “todo Leibniz” pues, como se ve, no hay “todo” como tampoco hay “cosas”, sino el espectáculo fascinante de relaciones siempre interminadas entre sujetos, y a no dudarlo han sido los científicos y los filósofos, en sus polémicas, los catalizadores de estas infinitas reacciones. La serie que ahora nos ocupa va a ofrecer, entre otras, las correspondencias con Hobbes, Spinoza, Malebranche, Papin, Varignon, de Volder, los Bernoulli, Clarke, etc, además de fragmentos de otros intercambios incluidos en los restantes volúmenes, un verdadero festín intelectual.

Las correspondencias de Leibniz con el prestigioso jansenista de Port-Royal, Antoine Arnauld (1612-1694) y con el P. Bartolomé Des Bosses (1668-1738) contienen un mismo hilo conductor, los problemas planteados por la noción leibniziana de substancia, a pesar de que la primera tuvo lugar entre 1686 y 1690, y la segunda no se inicia hasta 1706 para terminar con la muerte del filósofo en 1716, es decir, han pasado más de quince años entre la una y la otra, y con ello muchas cosas.

No es éste el lugar para entrar en el contenido de estas correspondencias, cosa que ya hacen perfectamente sus editores con exquisita sobriedad en sus breves presentaciones de los textos, que son los que verdaderamente interesan al lector. Permítaseme, no obstante, sugerir alguna pequeña observación colateral entre ambas, a fin de ilustrar algunos aspectos que, implícitos en ellas, podrían colocarlas en una dimensión más amplia. Salvo la complicada taxonomía de agregados, substancias simples, organismos, máquinas de la naturaleza y substancias compuestas, que Leibniz no pone a punto hasta bien entrados los años 90 cuando, forzado por de Volder, radicaliza definitivamente su inicial vitalismo, la correspondencia con Arnauld, que, como es sabido, se inscribe en la redacción del *Discours de Méthaphysique* (1686), contiene ya todos los elementos esenciales de la metafísica leibniziana. Y sobre todo, la noción de substancia. Esta no era, contra los cartesianos, una representación mental a la que nada se le puede quitar sin que la representación perezca (noción de ‘concepto’) y que no necesita de ninguna otra representación para ser concebida (noción del concepto ‘substancia’). Porque, si esto fuera así, replica Leibniz, dado el carácter unívoco de los procesos analíticos de nuestra mente, nos veríamos abocados a separar drásticamente unos conceptos de otros, a identificar un único atributo con la substancia y creer erróneamente que tal separabilidad noética se verifica también en las cosas; y ello por haber creído intuir un ‘sujeto pensante’, que no es, dice Leibniz, sino una abstracción. Se ha ido de los conceptos a las cosas, cuando son realmente las cosas las que, en la infinita plasticidad y variación que en ellas reside, han de determinar la distinción, la conexión y la complejidad de nuestros conceptos sobre el mundo y el hombre. La substancia ha de ser un sujeto, un sujeto autónomo, antes ontológico que lógico (al menos *ratione naturae*), un sujeto que debe poseer en sí su propia actividad, su “espontaneidad”, su interna vivencia psicofísica en cósmica perspectiva, etc. De aquí arranca la “notio completa” de la substancia y la interpretación ontológica que Leibniz hace del principio

de inhesión, y de aquí van a originarse los problemas de Arnauld para comprender el fundamento de la armonía preestablecida, los decretos divinos absolutos e hipotéticos, la libertad tanto de Dios como del hombre, la noción de contingencia, etc, como ha señalado bien el Prof. Nicolás en su introducción.

A partir de aquí, Leibniz desmonta también las nociones de extensión, movimiento, cantidad o número, espacio, tiempo, relegándolos al universo del infinito *ideal* de las “nociones incompletas”, para mostrar (no imaginativamente, sino “intelligibiliter”) la actividad derivativa (funcional, dice correctamente el Prof. Nicolás) de la materia real, que está diversificada y variada infinitamente como *expresión* resultante de las fuerzas primitivas de los sujetos activos. Estos han de ser inextensos. El sujeto pensante cartesiano también era inextenso; pero, en todo caso, era una realidad ajena al mundo de la naturaleza. Ahora, la substancia simple leibniziana es lo único real, y sus también reales modificaciones se nos muestran en nuestros fenómenos subjetivos, lo mismo que los colores del arco iris nos deleitan debido a la existencia de reales gotas de agua. Y como conclusión, ha de haber infinitos sujetos activos (en número mayor que cualquier número asignable) en cada partícula de materia por pequeña que fuere.

Una segunda observación. Arnauld desconocía las matemáticas; preocupado, sobre todo, por los problemas de la gracia y de la libertad, sólo de segunda mano conocía la batalla de Leibniz con los cartesianos acerca de la medida de las fuerzas motrices (cfr. carta 16). En 1671, a sus 25 años, cuando estaba al servicio del Elector de Mainz, Leibniz le había escrito una larga carta (a la que Arnauld no contestó) recomendándose como investigador. En ella se explayaba sobre la mente como punto matemático del que se extiende el cuerpo (*corpus mens momentanea*), recogiendo tradiciones alquímicas y aplicándoles la Geometría de los Indivisibles de Cavalieri, que aquel mismo año publicó en su *Hypothesis Physica Nova y Theoria Motus Abstracti*. En ese momento Leibniz creía todavía que la esencia de los cuerpos era, no la extensión, pero sí el movimiento, del que el indivisible era inicio. Ambos hombres se vieron luego en París (1672-1676), donde Leibniz habría de descubrir el cálculo diferencial tras innumerables tanteos combinatorios. Este descubrimiento fue decisivo. El cálculo será en adelante el módulo inteligible analógico que definirá dos elementos esenciales de la substancia simple: por una parte, el *triángulo característico* es la ley permanente que determina la posición sucesiva de cada punto de una curva, de la misma manera que la mónada concentra en su estabilidad la sucesión de sus percepciones o mutaciones: no hay mutación sin sujeto de la misma; por otra parte, podemos entender, siguiendo la idea tradicional del ser como *conatus sive potentia agendi*, que toda mutación es una tendencia, la derivada en un punto es el *conatus* embrionario que individualiza la actividad de cada sujeto. Instalado definitivamente en Hannover a finales de 1676, Leibniz emprende una febril actividad intelectual con todos los instrumentos en su mano para abandonar el movimiento como esencia de los cuerpos y retomar la vieja entelequia aristotélica, pero con algunas modificaciones importantes aprendidas de otras tradiciones y de sus propios estudios matemáticos y dinámicos: las substancias no se generan ni se corrompen, todas son de forma natural indestructibles y originadas desde el comienzo del mundo; pero tampoco andan por ahí vagando, sino que están ‘incorporadas’ a alguna clase de cuerpo, por sutil que éste sea, con el que se produce en el interior de cada una la acción y la contra-acción que toda actividad requiere; finalmente, la entelequia no es una mera disposición para la acción, sino la acción misma: todo *conatus* es ya acción, acción embrionaria, pero real. En adelante, la esencia de los cuerpos será la *vis insita rebus*, ésta es la entelequia leibniziana. En 1684 publica el *Nova Methodus* sobre el cálculo diferencial; en 1686, a la vez que el *Discours de Méthaphysique*, publica también la *Brevis Demonstratio erroris memorabilis Cartesii*, donde el cuerpo contiene ya en el presente la fuerza futura que ha de mostrarse en su elevación o contra el choque; así mismo las *Generales Inquisitiones* (1686), donde se establece de manera definitiva la distinción entre verdades de razón y verdades de hecho o, lo que es lo mismo, la distinción entre necesidad y contingencia, así como una

infinidad de otros opúsculos, que el lector podrá encontrar en otros volúmenes de la serie. Lo que quiero decir, en una palabra, es que la lectura de la correspondencia con Arnauld, lo mismo que la lectura del *Discours de Méthaphysique*, aunque, como ya he sugerido, contienen los rasgos esenciales de la metafísica leibniziana, éstos se iluminan un poco más en su radicalidad y en su origen vistos desde la matemática y la dinámica, de las que aquélla es circularmente indisociable.

La segunda gran experiencia de Leibniz, después de París, fue su *Iter Italicum* (1687-1690), que interrumpió la conversación con Arnauld. En su periplo por la baja Alemania e Italia, el filósofo conversó incansablemente con cardenales, teólogos, biólogos, astrónomos y físicos; pero, sobre todo, afianzó teóricamente su Dinámica. Empezó sus primeros comentarios a los *Principia* de Newton, que acababan de ver la luz; escribió un breve *Phoronomus*, donde abjuraba de su vieja física y redactó de forma sistemática un grueso volumen, *Dynamica de Potentia et Legibus naturae corporeae*, que nunca se publicó hasta la edición de Gerhardt en 1860. Y regresó orgulloso a Hannover dispuesto a resolver cualquier dificultad que quisiera romper la unidad del constructo que había diseñado. Las correspondencias con Papin (1690-1698), con los Bernoulli (1693-1716) y, sobre todo, con de Volder (1698-1706) son una muestra espectacular del genio, de la sagacidad, de las obsesiones y también de las debilidades de aquel hombre. Vinieron a continuación textos tan importantes como el *De causa gravitatis* (1690) y el *De legibus naturae* (1691) contra las objeciones de Papin, la *Règle générale de la composition des mouvemens* (1693), donde se interpreta como tendencias metafísicas los vectores de movimiento, el *De primae philosophiae emendatione* (1694), donde se define a modo de manifiesto la fuerza-entelequia, el *Système Nouveau* y el *Specimen Dynamicum*, ambos de 1695, en los que, leídos a la par, se descubre definitivamente la indisoluble unidad de matemática-física-metafísica, que culmina, de momento, en el *De ipsa natura* (1698) contra el físico ocasionalista Sturm.

Cuando en 1706 el P. Des Bosses, a la sazón profesor de teología en Hildesheim, entra en contacto personal y epistolar con Leibniz, parecía que éste lo tuviera todo resuelto. Sin embargo, surgen las dudas en la mente del filósofo a propósito de las substancias compuestas. Como ha señalado la Prof. Cubells, es sorprendente que de ellas se habla en los *Principes de la nature et de la grace*, de 1714, y no se haga mención alguna en la *Monadologie* del mismo año. El problema no es baladí y ha producido ríos de tinta sobre todo en la historiografía anglosajona, pues toca el corazón mismo del sistema. Tampoco es fácil resumirlo en pocas palabras, pues ello exigiría definir previamente con precisión la composición metafísica de la substancia simple, que consta, como fuerzas primitivas, de entelequia o actividad más materia prima o resistencia o extensionalidad, y, como fuerzas derivativas físicamente medibles, de acción-reacción interna de los cuerpos fenoménicos; de esta manera, la actividad-resistencia de las fuerzas primitivas es expresada en lo que Leibniz llama *materia segunda*, que es el conglomerado de lo que nosotros percibimos subjetivamente como fenómenos, de modo que es la actividad-resistencia de la substancia simple lo que *hace reales* estos fenómenos y da unidad real al resultado. Naturalmente, hasta aquí todo esto es una simplificación, pues en rigor sólo se está hablando de una substancia simple y de su cuerpo orgánico, que sería la expresión fenoménica de un acto perceptivo de una substancia simple.

Pero, ¿qué ocurrirá con una substancia compuesta, un insecto, un hombre, que es un conglomerado jerarquizado de innumerables substancias simples? ¿cómo se verifica su unidad real, esto es, quién *hace reales* los fenómenos de esta substancia? En sus escritos anteriores a la correspondencia con Des Bosses, singularmente en la polémica con de Volder, Leibniz nunca había querido hablar de unidad *real* o metafísica, limitándose a una unión fenoménica, que es lo único que filosóficamente podemos alcanzar, esto es, ¿cómo podemos explicar la unidad funcional como *unum per se* de dicha substancia compuesta? La solución era relativamente

sencilla, al menos por el momento. La organicidad y la consiguiente indestructibilidad de la substancia compuesta provendría del hecho de que, a diferencia de los agregados de substancias no orgánicas (una piedra, un estanque, un ejército), las mónadas que componen el organismo están engarzadas unas dentro de otras, de manera que la materia prima o resistencia de una es inadecuada a la actividad de la superior o inferior, por decirlo de alguna manera; y la substancialidad *per se* la proporcionaría la *mónada dominante*, que es quien unifica funcionalmente el organismo como un todo, utilizando como *materia segunda* los cuerpos orgánicos de todas las demás mónadas auxiliares, las cuales, aun siendo tan indestructibles como la dominante, transforman continuamente sus cuerpos orgánicos, con lo que se explica, según Leibniz, que sea la mónada dominante la que *haga reales* los fenómenos del organismo y, al mismo tiempo, éste esté sometido a la constante transformación y “cambio de teatro” (*nec morte hanc legem violante!*).

El inteligente Des Bosses, que es un experto escolástico aristotélico, pero quiere ser también un buen leibniziano dado el afecto que profesa al maestro (está traduciendo al latín la *Théodicée*), pregunta ahora si no se requiere algo más a fin de hacer reales los fenómenos, alguna inteligibilidad metafísica real, un “suppositum”, como enseña la Escuela, pues parece que la sola relación entre la mónada central dominante y las mónadas auxiliares no sería suficiente para justificar lo múltiple en lo uno y elevar un agregado orgánico de fenómenos a la categoría de *unum per se*. Des Bosses pretende, incluso, que el filósofo le explique la transubstanciación eucarística de los católicos mediante su monadología. Leibniz muerde el anzuelo y le responde (carta 66): “Dado que el pan, en realidad, no es substancia, sino un ente por agregación o una substancia resultante de innumerables mónadas por una cierta *unión sobreañadida*, su substancialidad consiste en esta unión; así pues, no es necesario, según vosotros, que aquellas mónadas sean abolidas o cambiadas por Dios, sino solamente que sea abstraído aquello por lo cual producen un nuevo ser, es decir, aquella unión; así cesará la substancialidad consistente en ella, aunque permanezca el fenómeno, el cual ya no nace de aquellas mónadas, sino de algo divinamente sustituyente que equivale a la unión de aquellas mónadas. Así no habrá ningún sujeto verdaderamente presente” (p. 306s). He aquí la presencia del *vínculo substancial* sobreañadido a las mónadas, incluso a la dominante (carta 89, 98). Leibniz cree, por el momento, que el vínculo podría ser una relación (p. 362) o un accidente primario (p. 359), a lo que parece asentir el jesuita (p. 367), pero el filósofo se reafirma posteriormente en que ha de ser algo substancial (p. 378, 387, 391). Al final, tras muchas dudas y retractaciones (p. 389, 405, 412, 415s), dado que el vínculo no dependería de las mónadas con dependencia *lógica* sino sólo con dependencia *natural*, Dios podría aplicar un mismo vínculo substancial a mónadas distintas (p. 387), puesto que sólo en virtud de él se harían reales los fenómenos. En un esfuerzo final por dar coherencia a su nuevo planteamiento, Leibniz compara la relación entre las mónadas, el vínculo substancial y el compuesto orgánico con el fenómeno del *eco*: se dan las emisiones del sonido, que son las acciones de las mónadas; la pared reflectante, que es el vínculo; y el eco, que son las modificaciones de los sonidos, esto es, el compuesto (p. 436, 446). La substancia compuesta es, pues, el eco de las mónadas; por su sola constitución, una vez puesto, *exige* las mónadas, pero *no depende* de ellas; sólo depende de la mónada dominante “a la que acompaña de manera natural” (p. 464), dice sibilamente Leibniz. Los sonidos actúan independientemente sobre la pared ---cada mónada sobre el vínculo---, pero es éste y no aquéllas *la fuente* de las modificaciones (p. 446). Los sonidos, aunque necesarios para que se produzca el eco, pueden producir diversos ecos si cambia la curvatura de la pared, o sea, si cambia el vínculo, como sería, según Leibniz, el caso de la transubstanciación eucarística de los católicos, de manera que el milagro de la Eucaristía se produciría “salvis monadibus panis et vini”. “Aunque ---añade Leibniz--- los que rechazamos la transubstanciación no tenemos necesidad de tales presupuestos” (p. 307), “y contrariamente a lo que sucede en el ámbito sobrenatural, para la filosofía no necesitamos nada más que las

mónadas y sus modificaciones internas” (p. 391), y “discúlpame si lo que te he ido escribiendo sobre este asunto en diversas ocasiones no sea del todo coherente” (p. 440).

Lo fuera o no, se planteara o no Leibniz el problema sólo a modo de *performance* ante el amigo entrañable, es ahora lo de menos; en todo caso ---señala la Prof. Cubells---, era un problema real de su monadología, sobre la que a todo lo largo de la correspondencia nos ha dejado el filósofo bellas páginas, así como infinidad de noticias y comentarios sobre los conflictos jansenistas, sobre la autoridad de la Iglesia, sobre China, sobre el cálculo binario, sobre los errores de Hartsoeker, sobre la traducción de la *Théodicée*, etc.

El volumen que aquí se presenta está bien editado, y merece señalarse el riesgo que la Editorial Comares ha asumido con valentía. Aunque se comprende la ascética exigencia y parquedad de los editores, que han sabido permanecer discretamente detrás de lo que presentaban, tal vez habría sido útil un poco más de aparato crítico y, sobre todo, alguna nota más explícita referente a otros escritos de Leibniz, a los que en los textos se hace alusión. Las traducciones, todas ellas, son muy correctas, y es de alabar el esmero de los traductores por dar fluidez en castellano al difícil contenido y sintaxis del texto latino de la correspondencia con Des Bosses. Sólo me queda felicitar muy cordialmente a los Profs. Nicolás y Cubells por su excelente trabajo y hacer votos por que los sucesivos volúmenes de la serie vean la luz con una secuencia razonable. Gracias a estas traducciones el futuro lector en castellano podrá acercarse de manera más ordenada y eficaz al pensamiento de Leibniz.

Bernardino ORIO DE MIGUEL